



## **Mensaje de Mons. Antonio Marino a los catequistas en su día 21 de agosto de 2011**

Queridos catequistas:

La proximidad del 21 de agosto, día del catequista, motiva estas breves y sencillas palabras de saludo y de aliento. Ustedes ejercen un importante y decisivo servicio dentro de la Iglesia, que yo deseo reconocer, agradecer y promover.

En los distintos rincones de nuestra diócesis, la Iglesia les confía la tarea hermosa y comprometedora de *hacer resonar* el mensaje de Cristo, ser el *eco* de sus enseñanzas. Esto es lo que significa la palabra griega *katejéin*, de donde proceden nuestros términos “catequesis” y “catecismo”.

Catequizar es asumir como propio el conjunto de esfuerzos que la Iglesia propone para educar a los niños, a los jóvenes y a los adultos en la fe cristiana, en forma orgánica y sistemática. La finalidad no es otra que conducir al encuentro personal con Cristo, quien ha venido para que en Él tengamos “vida en abundancia” (Jn 10,10).

La catequesis implica contenidos de *verdades* que se transmiten y se graban en la memoria y en el corazón. Implica, por eso igualmente, llegar al núcleo más íntimo del catecúmeno, a su libertad, a su mentalidad, a sus sentimientos, a su conducta moral. La fe en Cristo no sería fe viva si no se tradujera en *compromiso de vida* coherente con las enseñanzas del Evangelio.

Ambos términos, *verdad* y *vida*, deben ir juntos y en armonía mutua. Nunca separados o en alternativa. Esto último sería un error y conduciría a serias consecuencias. En la fe cristiana verdad y vida son términos correlativos. Las verdades que transmitimos son *verdades vitales*, verdades que dan vida. A su vez, *la vida y la praxis del cristiano proceden de la verdad* que cree y se fundan en ella. En última instancia Verdad y Vida se identifican en Cristo (cf Jn 14,6).

El temor a una catequesis sólo conceptual no nos debe llevar al descuido de la importancia de la memoria y de las fórmulas en la pedagogía de la fe. En forma magnífica lo expresaba el papa Benedicto durante la audiencia general del 22 de junio de este año 2011: “... cuando un niño comienza a hablar, aprende a expresar sus propias sensaciones, emociones y necesidades con palabras que no le pertenecen de modo innato, sino que aprende de sus padres y de los que viven con él. Lo que el niño

*quiere expresar es su propia vivencia, pero el medio expresivo es de otros; y él poco a poco se apropia de ese medio; las palabras recibidas de sus padres se convierten en sus palabras y a través de ellas aprende también un modo de pensar y de sentir, accede a todo un mundo de conceptos, y crece en él, se relaciona con la realidad, con los hombres y con Dios. La lengua de sus padres, por último, se convierte en su lengua, habla con palabras recibidas de otros que ya se han convertido en sus palabras”.*

Pero en el mismo sujeto que participa de nuestros encuentros de catequesis y liturgia, resuenan *otros ecos* bien distintos del mensaje que queremos comunicar. Nuestros catecúmenos, igual que nosotros, viven en un mundo que de múltiples maneras hace presión en sentido inverso a las convicciones que profesamos y queremos transmitir. Todos conocemos el influjo innegable de los medios de comunicación masiva. También sabemos que la droga es una oferta frecuente que busca tentar a los jóvenes. Y últimamente desde organismos del Estado, como el Ministerio de Educación de la Nación, a través de su programa llamado “educación sexual integral”, se difunde una mentalidad distorsionada con pretensión de ciencia.

Aquí tocamos un aspecto clave de la cultura contemporánea, marcada por la notas de secularismo, de relativismo de la verdad y de subjetivismo ético. El secularismo es la ideología que pretende marginar a Dios y la religión de la vida pública, relegando tal dimensión al ámbito de lo privado. El relativismo niega la existencia de verdades y de valores morales universales y permanentes. El subjetivismo, en nombre de la libertad, convierte los deseos en derechos.

En este contexto cultural neopagano, el catequista, según las circunstancias y edades de los destinatarios, está llamado a ejercer una sabia pedagogía por la cual el catecúmeno, como fiel seguidor de Cristo, aprenda a “renunciar a sí mismo” (Mt 16,24) para adherir a la verdad objetiva señalada por Cristo. Debemos confiar en que la presentación del mensaje de Cristo en toda su pureza, acompañada del testimonio de vida del que enseña, ejerce mayor atractivo que una propuesta atenuada y diluida.

Los últimos papas han insistido en especial en la necesidad de proponer lo que Benedicto XVI llama los principios no negociables: el respeto irrestricto por la vida en todas sus etapas, desde su concepción hasta su término natural; la familia fundada en el matrimonio, como unión estable entre un varón y una mujer, abierta a la vida y a la educación de los hijos; el derecho de los padres a que sus hijos no sean educados según una mentalidad contraria a sus principios morales; y la promoción del bien común de la sociedad según las enseñanzas de la doctrina social de la Iglesia.

Queridos catequistas, junto con estas orientaciones brevemente expresadas, quiero también manifestarles mi gratitud por lo que ustedes significan en la diócesis y por la riqueza espiritual que sin ruido comunican. Aspiren a perfeccionarse siempre. Y no sólo hablen de Dios a aquellos que catequizan, sino háblenle con frecuencia a Dios sobre ellos.

Con mi paternal bendición.

**+ ANTONIO MARINO**  
***Obispo de Mar del Plata***